

Rodaan Al Galidi

De cómo obtuve talento para la vida

Traducción de Santiago Martín

Fragmento: prólogo y primer capítulo de la novela, páginas 7- 19.

Prólogo

La presente historia me molestaba. Escribir sobre ella nunca me ha ido bien; incluso hablar abiertamente me ha parecido difícil. Años más tarde tampoco pude abordarla. Quería seguir adelante. Empecé a evitar el tema para no llevarme de nuevo por los recuerdos de antaño.

Hace mucho tiempo, cuando un hombre me preguntó por mi vida en un Centro de Acogida de Refugiados, me di cuenta de que la pregunta iba en serio y que además esperaba una respuesta seria de mí. Con educación le dije que no quería hablar sobre ello. Me pidió si podía narrarle solamente una pequeña situación. Lo hice y él se percató de que en realidad yo todavía me encontraba mentalmente en el Centro. El hombre percibió que tal vez yo debía deshacerme de la historia para retomar mi vida. O, tal vez, él no quería que la presente historia se perdiera por completo, la historia de ese mundo ignoto donde tuve que permanecer durante varios años.

Cómo lo logró, no lo sé, pero consiguió hacerle prometer que le enviaría la historia por partes, un fragmento cada mes. A lo mejor así era su forma de escuchar, con mucha comprensión y compasión. A lo mejor era el creciente sentido de responsabilidad que él me daba para conservar esta historia.

El día 15 de octubre de 2012 un correo electrónico suyo me impulsó a escribir. Empecé con el primer capítulo y cada mes temía que perdería a mi único lector —o que ya lo había perdido para siempre— pero seguí escribiendo hasta que tres años después, el 19 de mayo de 2015, terminé el libro. Sin el apoyo de ese único lector no habría sido posible. Es sin duda el salvador de cada página. A él le dedico este libro. En agradecimiento por haberme limpiado la cabeza de aquellos años tan duros.

El narrador de este libro no soy yo. Es alguien al que he llamado Semmier Kariem. Así yo podía seguir siendo el autor sin ser el protagonista.

Tal vez me pregunten si ésta es mi historia.

Entonces diré que no. Pero si me preguntan: ¿Ésta también es tu historia?, no dudaré en afirmar que sí.

Ponte en el Museo Nacional de Ámsterdam delante de la *Ronda de Noche* y observa bien. ¿Ves a Rembrandt? La respuesta es que no. Pero podrías verlo en algún sitio detrás de toda esa gente, mirando a través de la oscuridad. Casi invisible.

He hecho todo lo posible para enseñarle a Semmier la imagen más nítida de ese mundo ignoto.

El presente libro es ficción para una persona que no se lo pueda creer, pero es no ficción para alguien con la mente abierta. O más bien, vamos a decir que este libro sea no ficción para que el mundo donde he tenido que permanecer durante años cambie de ficción a no ficción.

El once de febrero, a las nueve de la mañana, aterricé en el aeropuerto de Schiphol. O a las once del nueve de febrero, no recuerdo la fecha con exactitud. Sé que era el año 1998.

Durante más de veinte horas antes había estado deambulando por el aeropuerto de Ciudad Ho Chi Minh con un pasaporte neerlandés falso. La foto era una buena copia pero tenía un problema. La estatura del propietario oficial del pasaporte era de 1 metro 73. Yo mido 1 metro 86, o sea, trece centímetros más.

Europa era el destino del avión en el cual embarcaba. Con manos temblantes me encontraba en la fila delante del control de pasaportes. Me temblaba la mano que ahora escribe estas palabras. No podía hacerle entender que su temblor podía traicionarme, lo cual en Vietnam significaría largos años de cárcel. Cuando llegó mi turno, le entregué el pasaporte, que también temblaba, al funcionario. Sus diminutos ojos asiáticos se clavaron en mí. Miró con atención el pasaporte, levantó la mirada y me preguntó de repente en inglés:

—¿Dónde está Curazao?

Su pregunta me cogió por sorpresa. Había aprendido de memoria la información que figuraba en el pasaporte. Horas y horas había ensayado la firma y sabía que ponía que el propietario había nacido en Curazao. ¿Pero dónde estaba eso? No lo sabía y no pensaba que tenía que saberlo. El hombre me miraba y esperaba una respuesta.

—Cerca de Ámsterdam, dije nervioso.

El hombre apretó aún más los diminutos ojos.

—A unos cuarenta kilómetros al noreste de Ámsterdam —dije con rapidez, porque tenía la sensación de que debía contarle algo más de Curazao—. Es una bonita ciudad.

Entonces sonrió. Y con la curiosidad satisfecha, puso el sello en el pasaporte.

Una vez aterrizado en Holanda, vi Europa por primera vez, el lugar de donde provenían todos esos libros maravillosos cuyas traducciones solía buscar en Irak y que luego leía de un tirón. Si bien Europa tenía un aspecto gris por fuera, para mí era algo mucho más hermoso que todos los países juntos que había visto hasta la fecha. Miré por la ventana del avión y pensé que por vez primera en mi vida podía ser una persona. Aquí podría quitarme el miedo como un viejo pantalón roto. Aquí podría deshacerme de la precaución como unos calcetines apestosos y con tomates. Nunca olvidaré esa sensación tan agradable. Permanecí sentado en mi asiento y solo me levanté cuando todo el mundo hubo abandonado el avión pasando por delante de las sonrientes azafatas asiáticas. Avancé hasta la puerta deseando que no hubiera controles porque entonces se habrían enterado de dónde venía y me colocarían en el acto en un asiento para enviarme de vuelta. Menos mal que tuve el camino libre y logré pasar por la manga hacia la terminal de pasajeros donde

desaparecí aliviado entre los viajeros. Había gente que acababa de llegar, unos que estaban a punto de empezar el viaje y otros de tránsito. De hecho no sabía si yo mismo acababa de llegar o si mi viaje no había hecho más que empezar y tenía que seguir viajando. Lo primordial era que el avión de la compañía aérea de *China Airlines* abandonase el aeropuerto de Schiphol sin mí a bordo. En la terminal de pasajeros, donde el pasaporte normalmente es la posesión más valiosa, era al mismo tiempo mi mayor problema. Tenía que deshacerme de él lo antes posible. Si la policía te detiene con un pasaporte falso, saben en qué avión has venido y de dónde has venido y por tanto saben cómo enviarte de vuelta.

Estaba muy nervioso cuando un policía se acercó y me preguntó con cortesía si podía ayudarme en algo.

—Baños —dije en inglés y crucé las piernas para hacerle ver que mi comportamiento raro no se debía a los nervios sino a la necesidad de encontrar un baño. Me indicó la dirección de los baños y le di las gracias. Cuando el policía ya no me podía ver, fui hacia otro lado y después de andar un tramo entré en otro baño. Allí rompí a pedazos —cuanto más pequeños posibles— el tique y el pasaporte y los dejé caer en el inodoro. Lo mismo hice con las señas que llevaba en el bolsillo y los billetes de dinero de Tailandia, Vietnam, Laos y Malasia. Todo desapareció por el inodoro tierra a través en dirección hacia donde había salido con rumbo al aeropuerto de Schiphol. También me deshice de los recuerdos asiáticos que había comprado después de que uno de los contrabandistas en Bangkok me aconsejara que en los aeropuertos llama mucho la atención si un viajero viaja sin bolso a Europa porque los europeos siempre van coleccionando recuerdos. Por eso llevaba un bolso lleno con regalos que había ido comprando por doquier de los vendedores ambulantes. Lo que había dicho el contrabandista resultó ser verdad porque cuando revisaron la bolsa en Ciudad Ho Chi Minh, la cerraron inmediatamente con una sonrisa al ver que tenía buen gusto. Una vez fuera del baño solamente llevaba diez dólares en el bolsillo.

Lo único que lamentaba era no haber caído en llevarme ropa para abrigarme. Había estado tan obsesionado con que no me pillaran que no había pensado en la ropa que podía servirme en Holanda. No tenía ni la menor idea qué tiempo iba a hacer cuando aterrizara aquí. En camiseta iba asombrándome de lo grande que era la terminal de pasajeros. Parecía una ciudad donde puedes encontrar todo lo que deseas.

Había pasado casi una hora, el avión de *China Airlines* había despegado de nuevo, y sentí que el billete de diez dólares me quemaba el bolsillo. ¿Me lo gastaba en un sabroso té caliente, en un *Big Mac* o en llamar a mi madre para tranquilizarla? Me bailaba el bocado de Adán ante la imagen del *Big Mac* pero al ver que había gente tomando té, la bebida me pareció una idea más succulenta. Pero bien, al final opté por llamar a mi madre. Como si recientemente hubiera salido de casa y no siete años antes.

Para mi madre todos los lugares eran seguros y estupendos, salvo Irak. No sé de dónde sacaba ese sentimiento tan positivo sobre el mundo porque una vez le pregunté por su edad —no sabemos la fecha de nuestro cumpleaños— y su respuesta fue: “Ocho guerras.”

—Me refiero a los años, mamá —dije.

Sin duda no había hablado con ella en más de un año, ni siquiera sabía dónde paraba yo, pero al conectarme era como si la hubiera llamado de una calle más arriba para decirle que esta noche venían unos amigos a cenar. Le dije que le mandaba saludos desde Holanda. Mi madre es analfabeta pero de Holanda sabía que las vacas dan mucha leche. En Irak, las vacas neerlandesas son más famosas que Rembrandt.

—¡Ay, gracias a Dios! —dijo mi madre—. Dios quiere a los neerlandeses, si no, ¿por qué ha hecho que sus vacas tengan ubres tan grandes? Allí, entre tanta vaca, no pasarás hambre, Semmier.

Apretaba el auricular muy cerca de mi oreja para oír bien su voz.

—¿Te acuerdas de nuestra vaca neerlandesa? Daba leche para veinte personas al día. Y empezó a contarme lo que había pasado con la vaca hasta que se me agotó la última moneda y su voz desapareció de la línea.

Colgué el auricular y di un suspiro. Tenía que pensar en cómo salir. Entre los viajeros miré por los ventanales del aeropuerto. Iba a lo largo de las interminables y transparentes paredes de vidrio y posaba la mirada en los árboles desnudos en lontananza. No había ningún hueco. Hasta una aguja tiene un pequeño agujero, pero no las paredes de vidrio del aeropuerto de Schiphol. Iba de un sitio a otro como un ratón de laboratorio en una jaula de cristal. En cada salida había un puesto de control. Sentía cansancio por el miedo de ser detenido y por el desfase horario. Me dejé caer en una silla y pensé que debía decirle a un policía que mi deseo era pedir asilo. Mis dos hermanas, que han estudiado Derecho en Bagdad, solían decirme que no hay leyes tan buenas en todo el mundo como en Suecia o en Holanda. De alguna forma saber esto me inspiraba tranquilidad. Mi cuerpo se sentía protegido. Mi espíritu, en cambio, no estaba seguro del todo del lugar donde había aterrizado. Tal vez por el rostro de los dependientes neerlandeses de la terminal de pasajeros o de los limpiadores con los que me topaba. Había algo en aquellos rostros que me impedía sentirme completamente seguro y tranquilo. Esto no se parecía a otros países donde había estado, donde la gente siempre sonríe, también sin razón.

Vi un grupo de viajeros y pensé que podía acompañarlos y salir con ellos, pero de repente se dirigieron por una puerta hacia otra terminal para poder seguir viajando y de nuevo me vi solo. Si hubiera estado tranquilo, probablemente el policía que rondaba por ahí habría seguido su paso, pero como yo estaba tan visiblemente nervioso, se acercó con una sonrisa y me preguntó con cortesía si necesitaba ayuda.

—Soy iraquí —le dije al policía que aún era un muchacho. Debajo de la gorra le salían unos

bucles rubios y tenía los ojos de un azul muy intenso como los mochileros europeos que había visto durante mi estancia en el Sudeste Asiático.

—Acompáñeme —dijo, como si la palabra iraquí fuese suficiente como para saber qué tenía que hacer conmigo. Fui detrás de él. Era grande y musculoso. Llevaba unas botas como si fuera por un terreno de lodo de treinta centímetros de profundidad —y no sobre la superficie seca de un aeropuerto— y temiera hundirse. Me sorprendió que no me esposara como lo hacía la policía de otros países donde había estado.

Tras el policía grande, y entre miles de viajeros que me habían servido de protección, no era consciente de que él me llevaría a la espera más larga de mi vida.

Con sorpresa vi que abría las puertas con una tarjeta en vez de una llave. Me dio la impresión de que Europa era tan avanzada que la gente ya no utilizaba llaves sino tarjetas de identidad. Con la tarjeta mágica de identidad, el policía abría una puerta de cristal tras otra hasta que en un momento dado las puertas se convirtieron de hierro. O sea, ya era imposible ver el mes de febrero ni los árboles desnudos. Lo único que veía eran pasillos y puertas y la musculosa espalda del policía. Me llevó a un despacho donde había un hombre de unos cuarenta y cinco años sentado a una mesa. El hombre giró la silla hacia mí y me contempló. Por la expresión de su rostro parecía que estaba haciendo algo importante. La multitud de notas adhesivas en una pizarra tras él reforzaban mi impresión y me pareció que estaba liado con más de veinte asuntos a la vez. Vi que tenía las manos suaves. El joven policía que me había llevado le dijo algo en neerlandés. Era la primera vez que oía el idioma. De los muchos idiomas que anunciaban de todo por megafonía a los viajeros de Schiphol no había sabido averiguar cuál era el idioma del país donde había aterrizado. El hombre asintió brevemente al policía y volvió a mirarme. De repente me espetó a la cara, en voz alta y en inglés:

—¿Por qué has venido?

Permanecí sorprendido y aturdido y vi en sus ojos que estaba enfadado. El hombre me formulaba preguntas sin esperar una respuesta. Me fijé en el policía que seguía ahí y vi que se le había endurecido la expresión de la cara. En Irak ahora mismo me atarían si hacía algo no debido. Pero aquí no había cadenas o cables de hierro colgados en la pared. Solamente colgaba un retrato de la reina de Holanda con una corona en la cabeza y una leve sonrisa. Era un despacho normal y corriente como puede haber en un banco o en una agencia de viajes.

—¿Por qué no solucionáis los problemas en vuestra propia tierra? ¿Acaso nosotros tenemos que cargar con los problemas del mundo? —preguntó el hombre.

Por mi cabeza pasaron los siete años que había vivido desde el momento en el que me había escapado de Irak hasta ahora en el aeropuerto de Schiphol. Siete años de hambre, vagabundeo y

miedo. La policía de Extranjería de muchas fronteras me había clavado los dientes solamente por no llevar ese libro de pocas hojas y pequeño, donde no figura ni un poema ni una frase poética: el pasaporte.

A la última pregunta, el hombre sí esperaba una respuesta. Mi mirada fue de nuevo al retrato de la reina detrás de él y se me ocurrió una respuesta de un libro que había leído una vez sobre la Segunda Guerra Mundial, el bombardeo de Róterdam y la huida de la familia real neerlandesa. Respondí:

—Señor, durante la Segunda Guerra Mundial, su reina huyó y tampoco solucionó los problemas en su propio país. Y además tenía un ejército, un servicio secreto, un pueblo y dinero. ¿Entonces por qué yo como ciudadano sí que solucionar mis problemas en Irak, sin tener ni un cuchillo de cocina en mi poder?

El hombre se levantó, se acercó con una expresión desfigurada en la boca, apretó el pulgar contra mi pecho y siseó:

—Tú, tú, oye, oye...

Me callé. El hombre volvió a su silla pero seguía lanzándome una mirada helada.

—¿Dónde está tu pasaporte? —preguntó.

—Lo he roto en pedazos y lo he tirado por el váter —dijo. Enseguida, el hombre salió del despacho y volvió con dos guantes de plástico y con otro policía, un hombre grande de pelo corto y castaño.

—Ahora vas con este policía y sacas el pasaporte del inodoro —dijo.

Me sorprendió que el hombre me facilitara unos guantes de plástico estando enfadado conmigo. Sobre todo cuando me demostró que los guantes eran lo suficientemente largos y llegaban hasta el codo, así que podía meter los brazos hasta lo más hondo del inodoro sin tener que mancharme. Por lo visto pensaban que se había quedado atrancado algún trozo en el váter.

—De lo contrario te enviamos de vuelta a Irak —añadió el hombre. Yo dejé caer los guantes en el suelo.

—¡Recógelos y pónelos! —dijo el policía, pero yo no me moví.

—¿Por qué no haces lo que te decimos? —dijo el hombre.

—Lo siento, señor, pero he huido de Irak para no tener que mancharme las manos de sangre. Y no he venido a Holanda para meter las manos en un váter —dijo.

El hombre le dijo algo en neerlandés al policía. Parecía que el policía había estado esperando esas palabras porque de golpe se colocó detrás de mí y me esposó con rapidez las manos en la espalda como si hubiera estado a la fuga y ahora me cazara después de una larga persecución. Me apretó tanto las esposas de plástico que no sentí la sangre circular por las manos. Después me

empujó en dirección a una pequeña celda. Me tiró los guantes dentro y con la bota me dio una patada tan fuerte en la espalda que di a parar contra el muro de la celda. Mi cara se estrelló contra el hormigón y me caí al suelo.

—Mientras no salga el pasaporte del váter, ¡tú te quedas aquí! —dijo el policía y cerró la puerta de hierro con un portazo. El policía no solamente me había pateado la espalda, sino también mi credibilidad porque más adelante, cada vez que contaba sobre aquella patada o sobre mi espalda —que me sigue doliendo hasta el día de hoy—, nadie me creyó.

La celda estaba helada. Solamente llevaba una camiseta porque en Ciudad Ho Chi Minh había hecho calor. La sangre me chorreaba por la cara, por haberme estrellado contra la pared, y me irritaba no poder quitarme la sangre de los ojos porque llevaba las manos atadas a la espalda. En la celda no había nada para ponerme o donde poder refugiarme. No podía mover las manos esposadas para entrar un poco en calor. Lo único que podía hacer era sentarme y levantarme, dar dos pasos hacia delante y hacia atrás. Por la mirilla de la puerta solo se veía un muro blanco y vacío. Una vez, un policía asomó la cabeza por la mirilla.

—Frío —dije con la voz temblorosa. Quise haber añadido “por favor” pero solamente tenía fuerza para una palabra. El policía se fue.

No sé cuánto tiempo transcurrió. Cuando ya pensaba que todos se habían olvidado de mí y me iba a morir congelado, grité en inglés:

—¡Abran la puerta! ¡Sacaré el pasaporte del váter!

Gritaba pero nadie vino. Pensaba que nunca más volverían y opté por sentarme y levantarme, sentarme y levantarme de nuevo para evitar caerme de frío. Pensar que los policías, al terminar el trabajo, se irían y nadie más sabría que me encontraba en esta pequeña celda, era aterrador. No oía nada ni veía a nadie. Cuando me encontraran, ya me habría congelado. El tiempo pasaba con lentitud. Después de un rato empecé a sentir que el frío de febrero le ganaba el pulso a mi cuerpo. Lo último que podía activar contra el frío era mi propia irritación. Quería enfadarme con el hombre del despacho pero una persona capaz de rodearme de tanto frío era demasiado poderosa para mí. Tampoco debía enfadarme con el policía porque si volvía, tal vez podía agredirle en lugar de pedirle ayuda, y entonces sí que me dejaría abandonado en la celda. Lo mejor era enfadarme conmigo mismo. Con los labios temblando empecé a decirme en voz alta que apenas hacía una hora había sido un bocazas gritando que la reina de Holanda también había sido solicitante de asilo y que no quería mancharme las manos, ni de sangre en Irak ni en un váter en Holanda. Me daba gritos a mí mismo.

—¡Tonto, tonto!

Me daba cabezazos contra la pared. Pateaba el suelo y me insultaba. El fuego de mi enfado me ardía por todo el cuerpo. No solamente temblaba de frío sino también de la irritación que tenía conmigo mismo. Empecé a gritar que hasta sacaría sin guantes el pasaporte del váter. Comencé a darle patadas a la puerta de la celda y me di cuenta del jaleo que todo esto armaba en el pasillo. Al ver asomar la cara del policía por la mirilla, paré enseguida.

—Lo voy a sacar, yo saco el pasaporte del váter, por favor —dije.

Su rostro desapareció y de repente se abrió la puerta. Entró, me soltó las esposas y me señaló los guantes en el suelo. Me movía con los dientes castañeando de frío, con las manos temblando me puse con mucho esfuerzo los guantes de plástico y seguí los pasos del policía.

Llegamos a un baño y el policía me dijo que tenía que asearme. Me lavé la cara y al salir del baño me hizo volver para lavar la camiseta. Y así iba tras el policía con la camiseta chorreando, volviendo a la terminal de pasajeros donde él se transformó en un hombre muy agradable. Detrás de los muros de cristal vi por primera vez la noche de Europa. Apenas podía con mi cuerpo y avanzaba con mucha dificultad detrás del policía. Cuando me preguntó dónde estaba el pasaporte, le indiqué una dirección, no porque supiera dónde lo había tirado, sino porque no quería volver a la celda fría. Solo deseaba seguir andando arropado por el calor de la terminal de pasajeros. Anduve y anduve hasta sentir que mis piernas ya no podían con mi peso y me detuve delante de un baño cualquiera.

—¿Éste? —preguntó el policía. Quise contestarle pero no era capaz. El mundo a mi alrededor se volvió amarillo y sentí que mi cuerpo se separaba de mí.